

CAZAS O TE CAZAN



PREDADORES

Y

PRESAS

AYANA GRAY

CROSS
BOOKS

AYANA GRAY

PREDADORES
Y
PRESAS



CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Beast of Prey*
© del texto: Ayana Gray, 2021
© del mapa: Virginia Allyn, 2021
Publicado mediante acuerdo con G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Young Readers Group, una división de Penguin Random House LLC.
© de la traducción: Victoria Simó, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26049-3
Depósito legal: B. 12.652-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Espíritus buenos

La cabaña apestaba a muerte.

Era un hedor nauseabundo, fétido y dulzón al mismo tiempo, más intenso al anochecer, y Koffi no tenía más remedio que respirarlo. Llevaba un cuarto de hora sin moverse; tenía las piernas rígidas, la boca seca. De vez en cuando se le revolvía el estómago y temía vomitar. Pero eso no cambiaba nada; ella seguía inmóvil como una estatua. Tenía los ojos fijos en lo que yacía a pocos metros, al otro lado del suelo gastado y polvoriento: la víctima.

El chico se llamaba Sahel. No llevaba mucho tiempo trabajando en el Zoo Nocturno, pero Koffi reconocía igualmente su rostro descubierto, de un tono caoba como el suyo y enmarcado por rizos prietos y negros. En vida exhibía una sonrisa de medio lado y tenía una risa desagradable y chillona, no muy distinta de un rebuzno. Todo eso había desaparecido con la muerte. Miró su figura inerte. Le habían tapado buena parte del cuerpo, como era costumbre entre los gede, y la tela de lino blanco todavía tenía manchas de sangre seca, señales de las espantosas heridas que ocultaba el sudario. Ella no las veía, pero sabía que estaban ahí; los arañazos, las marcas de mordiscos. En los rincones más sombríos de su

mente, una imagen cobraba vida. Imaginaba a Sahel trastabillando por la selva, torpe, ajeno a lo que le esperaba entre las lianas. Visualizó a un ser grotesco acechándolo a la luz de la luna, una lengua asomando entre dientes como sierras, los ojos fijos en esa presa fácil.

Oyó el grito.

Un violento escalofrío le recorrió el cuerpo a pesar del calor bochornoso. Si los rumores que había oído antes eran ciertos, la muerte de Sahel no había sido rápida ni indolora.

—Kof.

Al otro lado de esa choza agobiante, su madre estaba arrodillada junto al cadáver del chico, con la vista clavada en la manta raída que había delante del cuerpo. Sobre la misma, había seis estatuillas de animales toscamente talladas en madera: una garza, un cocodrilo, un chacal, una serpiente, una paloma, un hipopótamo; un espíritu familiar por cada dios. La lámpara de aceite que brillaba a su derecha le iluminaba un lado de la cara con un resplandor titilante; el otro estaba envuelto en sombras.

—Ha llegado el momento.

Koffi vaciló. Había accedido a hacer compañía a su madre durante los rituales de despedida a Sahel, como requerían las costumbres gede, pero la mera idea de acercarse al cadáver le ponía los pelos de punta. Sin embargo, una mirada ceñuda de Mama bastó para que se arrodillara con ella. Juntas rozaron con los dedos cada una de las estatuillas antes de unir las manos en un gesto de oración.

—Lléváoslo. —Su madre susurró la plegaria—. Llevadlo con sus antepasados que moran en el reino de los dioses.

Sus cabezas seguían agachadas cuando Koffi murmuró la pregunta:

—¿Es verdad?

Su madre la regañó con la mirada.

—Koffi...

—He oído hablar a los demás —continuó Koffi antes de que su madre pudiera detenerla—. Dicen que ha habido más asesinatos, que...

—Silencio. —Mama levantó la cabeza de golpe y desdeñó las palabras con un gesto de la mano como quien ahuyenta una mosca tse-tsé —. Mide tus palabras al hablar de los muertos si no quieres atraer el infortunio sobre ellos.

Koffi hizo un mohín. Decían que, para viajar al otro mundo, alguno de los espíritus familiares de los dioses —representados por las figurillas que tenían delante— debía llevarle el alma del difunto al dios de la muerte, Fedu. El alma tenía que hacer un pago antes de que la transportaran al paraíso de los dioses. Un alma sin dinero para el pasaje estaría condenada a vagar por la tierra como espíritu errante durante toda la eternidad. Al igual que Koffi, Sahel había sido un guardafieras que prestaba servidumbre por deudas en el Zoo Nocturno, lo que significaba que había tenido poco dinero en vida y aún menos después de muerto. De ser cierta la creencia, sus desgracias apenas acababan de empezar, tanto si ella medía sus palabras como si no. Se disponía a decirlo cuando la puerta de paja se abrió. Una mujer gruesa, con el cabello entrecano recogido en trenzas cosidas, asomó la cabeza. Su sencilla túnica era idéntica a la de ellas, gris y larga por debajo de la rodilla. Al verlas, arrugó la nariz.

—Es hora de irse.

Mama señaló las estatuillas con un gesto.

—No hemos acabado de...

—Habéis tenido tiempo de sobra para esas tonterías. —La mujer desdeñó la protesta con un gesto de la mano. Hablaba zamani, la lengua del este, igual que ellas, pero su dialecto yaba les daba a las palabras un tono brusco y entrecortado—. El chico está muerto y rezarles a unos juguetes no va a cam-

biar nada. Hay trabajo que hacer antes del espectáculo y Baaz espera que empiece puntual.

La madre asintió con resignación. Juntas, Koffi y ella se levantaron, pero tan pronto como la mujer se marchó, se volvieron para mirar a Sahel. De no ser por el sudario ensangrentado, bien podría estar dormido.

—Volveremos y terminaremos las oraciones más tarde, antes de enterrarlo —decidió la madre de Koffi—. Al menos se merece eso.

La chica se tironeó el cuello deshilachado de la túnica mientras intentaba aplacar unos efímeros remordimientos. Los demás trabajadores del Zoo Nocturno ya habían rezado por Sahel, pero ella le había suplicado a Mama que esperase. Se había escudado en las tareas y luego en un dolor de cabeza, pero la verdad era que no quería ver así a su compañero, roto, hueco y privado de todas las cosas que hacían de él una persona real. Había construido sus propias defensas para protegerse de los recuerdos casi constantes de que la muerte rondaba por allí, pero estos se habían colado de todos modos. Ahora la idea de dejar a Sahel tendido en la tierra, igual de solo que había estado en sus últimos y espeluznantes segundos de vida, la perturbaba. Volvió a pensar en los susurros que los demás guardas habían estado intercambiando ese mismo día. La gente decía que Sahel había esperado a última hora de la noche para escapar. Contaban que se había internado en la Selva Mayor con la esperanza de encontrar la libertad, y en vez de eso se topó con un ser que lo mató por diversión. Hizo una mueca de dolor. La sangrienta fama del Shetani ya era bastante aterradora en sí misma, pero lo que de verdad le ponía los pelos de punta era que hubiera burlado la captura a lo largo de tantos años. Malinterpretando la expresión de su rostro, Mama tomó la mano de Koffi y se la estrechó entre los dedos.

—Te prometo que volveremos —le susurró—. Ahora pon-
gámonos en marcha.

Sin pronunciar otra palabra, se agachó para salir de la
choza. Koffi se volvió a mirar el cuerpo de Sahel una vez más
y a continuación la siguió.

En el exterior, el sol empezaba a esconderse, recortado
contra un cielo violáceo que exhibía extrañas grietas negras
entre las nubes. Las fisuras cambiarían a un violeta más sua-
ve según la estación de los monzones se aproximase, pero
nunca desaparecerían del todo. Llevaban allí toda la vida de
Koffi, una marca indeleble que la Ruptura había dejado tras
de sí.

Ella aún no había nacido cuando sucedió, un siglo atrás,
pero los ancianos todavía hablaban de aquello en ocasiones,
cuando se excedían con el vino de palma. Borrachos y arras-
trando las palabras, recordaban los violentos temblores que
habían dividido la tierra como una vasija de barro y la muer-
te que había asolado las calles de Lkossa a continuación. Ha-
blaban de un calor abrasador, insoportable, que había enlo-
quecido a los hombres. Koffi, al igual que todos los niños de
su generación, había sufrido las consecuencias de aquella
locura. Tras la Ruptura, su pueblo, los gede, quedó diezma-
do por la guerra y la pobreza, fácil de dividir y de dominar.
Oteó las grietas que zigzagueaban por el cielo como hilos
negros. Por un instante, creyó notar algo mientras las obser-
vaba...

—¡Koffi! —le gritó su madre por encima del hombro—.
¡Vamos!

La sensación desapareció tan rauda como había llegado,
y Koffi siguió andando.

En silencio, su madre y ella avanzaron a paso vivo junto
a las chozas de adobe que se amontonaban a lo largo de los
límites del Zoo Nocturno; otros guardas se estaban prepa-

rando también. Dejaron atrás hombres y mujeres ataviados con túnicas raídas, algunos sujetándose heridas recién vendadas, nacidas de encontronazos con las fieras; otros marcados por lesiones más permanentes, como viejas cicatrices y dedos perdidos. Todos y cada uno compartían un mismo aire de derrota silenciosa en los hombros encorvados y en las cabezas gachas, lo cual Koffi detestaba, pero comprendía. La mayoría de los trabajadores del Zoo Nocturno pertenecía al pueblo gedezi, como ella, y eso significaba que, si bien el espectáculo debía continuar esa noche, sentirían la ausencia de Sahel. El chico no tenía una verdadera familia allí, pero era uno de ellos, unido a ese lugar por la mala suerte y las malas decisiones. Merecía algo más que cuatro plegarias rápidas en una choza cochambrosa; merecía un entierro de verdad con monedas en las palmas de las manos como pago de su viaje al reino de los dioses. Pero allí nadie tenía una moneda de sobra. Baaz se había asegurado de eso.

Un coro de chillidos, rugidos y gruñidos inundaba el oca-so cuando llegaron al torcido poste de madera que marcaba el final de las chozas de los guardas, donde las extensiones de césped repletas de jaulas de todos los tamaños, formas y colores sustituían a la tierra roja. Koffi echó un vistazo a la que tenía más cerca y la serpiente *nyuvwira* octocéfala le devolvió una mirada de curiosidad. Siguió a su madre bordeando jaulas de elefantes blancos pigmeos, chimpancés y un par de jirafas que pastaban tranquilamente en su prado. Cuando cruzaron la cúpula del aviario, repleto de impundulus negros y blancos, se protegieron la cabeza a medias mientras los pájaros batían sus inmensas alas y proyectaban rayos al cielo. Se rumoreaba que el Zoo Nocturno de Baaz Mtombé albergaba más de cien especies exóticas; en los once años que llevaba prestando allí sus servicios, Koffi nunca se había molestado en contarlas.

Avanzaron rápidamente entre otros recintos, pero cuando llegaron al límite de las instalaciones, redujeron el paso. La jaula de acero negro estaba separada de las demás, y con razón. A la luz del anochecer, solo era visible la silueta recortada; su morador permanecía oculto entre las sombras.

—No pasa nada. —La madre de Koffi la llamó por gestos cuando ella vaciló de manera instintiva—. He pasado a ver a *Diko* hace un rato y estaba tranquilo.

Cuando se acercó, algo situado en un rincón se desplazó. El cuerpo de Koffi entró en tensión.

—Mama...

—Venga, *Diko*.

La madre de Koffi habló con voz queda mientras echaba mano de una llave oxidada que llevaba en el bolsillo para introducirla en el enorme cerrojo. Un siniestro gruñido, frío como un cuchillo, fue la respuesta. Koffi encogió los dedos de los pies contra la hierba cuando una hermosa criatura emergió de las sombras de la jaula.

Tenía un cuerpo reptiliano y nervudo, adornado de pies a cabeza por escamas iridiscentes que parecían reflejar mil colores cada vez que se movía. Unos inteligentes ojos cetrinos bailaban arriba y abajo mientras la mujer forcejeaba con el cerrojo, y cuando la lengua negra y bífida del animal asomó entre los barrotes, un tufo como de humo impregnó el aire seco. Koffi tragó saliva.

La primera vez que había visto un jokomoto, siendo una niña, pensó que estaba contemplando un ser de cristal, frágil y delicado. Se equivocaba. No había nada delicado en un lagarto escupefuego.

—Saca las hojas de hasira —le ordenó a Koffi su madre—. Date prisa.

Al instante, Koffi extrajo tres hojas secas con nervaduras plateadas de un saquito con cierre de cordón que llevaba ata-

do a la cadera. Eran exquisitas, rezumantes de resina blanca que te dejaba las yemas de los dedos pegajosas al tocarlas. El corazón le martilleó con fuerza cuando la puerta de la jaula del jokomoto se abrió y el animal giró la cabeza. Mama se tapó la nariz con dos dedos y levantó la otra mano en un gesto de advertencia.

—Listos...

Koffi se quedó inmóvil como una estatua mientras el jokomoto salía disparado de su jaula y corría hacia ella sobre sus largas pezuñas. Esperó hasta tenerlo a pocos metros de distancia antes de lanzar las hojas al aire. La planta captó la atención de *Diko*, que se abalanzó sobre las hojas a una velocidad imposible. Un destello de dientes puntiagudos, un chasquido espantoso y desaparecieron. Koffi hundió las manos en los bolsillos a toda prisa. Los jokomotos no procedían de esa parte de Eshōza; eran originarios de la zona occidental del continente, considerados hijos de Tyembu, el dios del desierto. Más o menos del mismo tamaño que un lagarto monitor común, *Diko* no era el animal más grande, ni más rápido ni más fuerte del Zoo Nocturno, pero sí el más temperamental, y eso lo convertía también en el más peligroso. Un gesto equivocado y sería capaz de incendiar el zoo al completo; no era fácil olvidar las horribles quemaduras de los guardas que no lo habían tenido presente. El pulso de Koffi solo se apaciguó cuando la hoja de hasira hizo efecto y el resplandor amarillo chillón de sus ojos se atenuó una pizca.

—Yo me encargo ahora.

Koffi ya se estaba desplazando por detrás de *Diko* con el arnés de cuero y la correa que había cogido a toda prisa de un poste cercano. Se agachó y, tan pronto como ató las gastadas cinchas bajo el vientre de escamas y las tensó, se tranquilizó. No era lo más inteligente relajarse por unas ataduras tan endebles —no servirían de nada si el humor de *Diko* se

agriaba—, pero el animal estaba calmado; al menos de momento.

—Asegúrate de que las correas estén bien sujetas.

Koffi alzó la vista.

—Ya está.

Complacida, su madre se inclinó para propinarle a *Diko* una palmadita cariñosa en el morro.

—Buen chico. Así me gusta.

Koffi puso los ojos en blanco al incorporarse.

—No sé por qué tienes que hablarle así.

—¿Por qué no? —La mujer se encogió de hombros—. Los jokomotos son unos animales espectaculares.

—Son peligrosos.

—A veces las cosas que no entendemos nos parecen peligrosas. —Pronunció las palabras con una tristeza extraña antes de acariciar nuevamente a *Diko*. En esta ocasión, como para darle la razón, él le empujó la mano con suavidad. Eso volvió a animarla—. Además, míralo. Está de buen humor esta noche.

Koffi estuvo a punto de llevarle la contraria, pero cambió de idea. Los moradores del Zoo Nocturno siempre habían inspirado a su madre una empatía extraña. Cambió de tema.

—Oye, acabo de darle la última hoja de hasira. —Propinó unas palmaditas a la bolsa para remarcarlo—. Nos hemos quedado sin nada hasta la próxima entrega.

Los restos de la fragancia dulzona de las hojas todavía impregnaban el aire. Koffi aspiró una vaharada sin darse cuenta, y un agradable zumbido le adormeció los sentidos.

—¡Koffi! —Su madre habló en un tono brusco que arañó ese embelesamiento momentáneo—. No lo aspire. Te creía más lista.

Koffi se espabiló, desconcertada, y luego abanicó el aire de alrededor hasta que el aroma desapareció. Las hojas de hasi-

ra, que recolectaban de arbustos en la linde de la Selva Mayor, eran un sedante natural tan potente como para dejar fuera de combate a un elefante macho; no era una buena idea inhalar su fragancia de cerca, aunque fuera en pequeñas cantidades.

—Deberíamos ponernos en marcha. —La mirada de su madre se había posado en una carpa iluminada, instalada al otro lado del recinto del zoo; otros guardafieras se encaminaban ya hacia el pabellón arrastrando a distintos animales. Si bien desde la distancia apenas era más grande que la llama rojiza de una vela, Koffi la reconoció igualmente; allí, en la *hema*, se celebraría el espectáculo de esa noche. Su madre se volvió a mirarla una vez más—. ¿Lista?

Koffi hizo una mueca. Nunca estaba lista para los espectáculos del Zoo Nocturno, pero daba igual. Acababa de desplazarse hacia el otro lado de *Diko* cuando se percató de algo.

—¿Qué pasa? —le preguntó su madre, reparando en las cejas enarcadas de su hija.

—Dímelo tú. —Koffi entornó los ojos. Notaba algo raro en la expresión de su madre, aunque no sabía definirlo. La observó con atención. Las dos se parecían mucho: tirabuzones negros hasta los hombros, nariz ancha y boca generosa enmarcada por un rostro en forma de corazón; pero había algo más en el semblante de su madre esa noche—. Te noto... distinta.

—Ah.

Mama parecía aturullada de un modo poco habitual en ella, eso saltaba a la vista. Y entonces, Koffi la identificó: la extraña emoción en los ojos de su madre. Le dio vergüenza comprender que era felicidad eso que no había reconocido.

—¿Ha pasado... algo?

Su madre desplazó el peso de una pierna a la otra.

—Bueno, pensaba esperar a mañana para decírtelo. No me parecía bien comentarlo después de lo que le ha pasado a Sahel, pero...

—¿Pero?

—Baaz me ha llamado hace unas horas —dijo—. Ha calculado el saldo de nuestra deuda y... casi está cancelada.

—¿Qué? —Una mezcla de sorpresa y felicidad explotó en el corazón de Koffi. *Diko* resopló ante el súbito estallido, e hilillos de humo se elevaron en el aire; pero ella no le hizo caso—. ¿Y eso?

—Ha sumado las horas extraordinarias que hicimos. —La mujer esbozó una pequeña sonrisa. Exhibía un porte más altivo, como una planta a punto de florecer—. Solo nos quedan dos pagos y podríamos liquidarlos en pocos días.

Un sentimiento de pura incredulidad recorrió a Koffi de arriba abajo.

—Y después de eso, ¿podremos irnos?

—Podremos irnos —asintió Mama—. La deuda estará pagada, con intereses y todo.

Koffi notó que una tensión de años de antigüedad la abandonaba cuando respiró hondo. Como casi todo en el Zoo Nocturno, los términos y las condiciones por deudas de los siervos que trabajaban en las instalaciones solo beneficiaban a una persona. Lo había aprendido por la fuerza tras once años de servicio junto a su madre. Pero habían ganado, habían derrotado a Baaz en su miserable juego. Se iban a marchar. Rara vez sucedía que los guardafieras consiguieran pagar sus deudas (había pasado un año entero desde la partida del último), y ellas lo habían logrado.

—¿Adónde iremos? —preguntó Koffi. Apenas podía creer que de verdad estuviera haciendo esa pregunta. Nunca habían ido a ninguna parte; ni siquiera se acordaba de haber vivido fuera del Zoo Nocturno.

Su madre recorrió la distancia que las separaba y tomó la mano de Koffi entre las suyas.

—Podemos ir a donde queramos. —Hablaba con una pasión desconocida para Koffi—. Tú y yo abandonaremos este

sitio y empezaremos de cero en alguna otra parte, y nunca miraremos atrás. Jamás regresaremos.

«Jamás regresaremos». Koffi meditó las palabras. Llevaba toda la vida deseando oír las, soñando con ellas. Escucharlas en la vida real, sin embargo, le producía una sensación inesperada.

—¿Qué pasa? —Su madre advirtió el cambio de expresión de inmediato—. ¿Qué tienes?

—Es que... —Koffi no sabía cómo expresar lo que sentía, pero lo intentó de todos modos—. No volveremos a ver a las personas que viven aquí.

Una expresión comprensiva suavizó el semblante de su madre.

—Los vas a echar de menos.

Koffi asintió, enfadada consigo misma por sentirse así. No le entusiasmaba exactamente trabajar en el Zoo Nocturno, pero era el único hogar, la única vida que había conocido. Pensó en los demás cuidadores. Puede que no fueran su familia, pero los quería mucho.

—Yo también los echaré de menos —le dijo Mama con dulzura, leyéndole el pensamiento—. Pero ellos no querrían que nos quedásemos, Koffi, si no estamos obligadas.

—Ojalá pudiéramos ayudarlos —murmuró Koffi—. Ojalá pudiera ayudarlos a todos.

Mama le dedicó una pequeña sonrisa.

—Eres una chica compasiva. Te guías por el corazón, igual que tu padre.

Koffi se revolvió, incómoda. No le gustaba que la compararan con su padre. Baba había fallecido.

—A veces, sin embargo, no podemos guiarnos por el corazón —prosiguió su madre con cariño—. Hay que pensar con la cabeza.

El estridente bramido de un cuerno resonó de súbito, una llamada procedente del lejano Templo de Lkossa que rever-

beró por las parcelas del Zoo Nocturno con notas largas y sonoras. Madre e hija se pusieron tensas mientras las voces de las distintas fieras, ahora agitadas, saturaban el recinto. Diko gruñó por lo bajo. El cuerno *saa* de la ciudad anunciaba el crepúsculo por fin. Había llegado el momento. De nuevo, los ojos de su madre revolotearon de la *hema* a Koffi.

—Esto casi ha terminado, semillita de ponya —dijo con suavidad y un matiz de esperanza en la voz. Llevaba años sin llamarla así—. Sé que ha sido muy duro, pero casi se ha acabado, te lo prometo. Todo irá bien.

Koffi no respondió. Su madre tiró de la correa de Diko para conducirlo a la enorme carpa. Ella la siguió un paso por detrás. Con los ojos abiertos de par en par, su mirada se perdía en los últimos retazos de un cielo color sangre. Las palabras de su madre resonaban en su mente: «Todo irá bien».

Todo iría bien, lo sabía, pero sus pensamientos seguían pendientes de otra cosa, de otra persona. No podía dejar de pensar en él, en el chico de la sonrisa de medio lado. No podía dejar de pensar en el monstruo que lo había matado y de preguntarse a quién se llevaría a continuación.